



# LA MELENA DEL LEÓN



Sir Arthur Conan Doyle



# La melena del león

Noviembre de 1926

Sir Arthur Conan Doyle



**Sherlock-Holmes.es**

Resulta curiosísimo que un problema que era tan abstruso y tan extraordinario como el que más de cuantos he tenido que afrontar durante mi larga carrera profesional, haya venido a mí después de retirado del ejercicio de la misma. Y el que me lo trajeran, como quien dice, a mi misma puerta. Ocurrió después de haberme yo retirado a mi pequeña casa de Sussex, consagrándome por completo a la apaciguadora vida de la naturaleza que tanto había anhelado en los largos años que pasé entre las lobregueces londinenses. El bueno de Watson se había esfumado casi del panorama de mi vida en el período a que me refiero. Si acaso lo veía en alguna ocasión era aprovechando tal o cual fin de semana. No tengo, por tanto, más remedio que ser mi propio cronista. ¡Ah, si él hubiese estado conmigo, qué gran partido habría sacado de un suceso tan maravilloso y de mi triunfo final contra todas las dificultades! Pero como no fue así, me veo obligado a contar mi historia de la manera más sencilla que acostumbro, exponiendo paso a paso cómo avancé por el escabroso camino que se me presentó durante mis pesquisas para aclarar el misterio de «la melena de león».

Mi hotelito se alza en la vertiente sur de la región de los Down, y desde ella se domina un gran panorama del Canal. La línea de la costa se halla formada en aquel punto por colinas calizas, y para bajar hasta el mar hay que hacerlo siguiendo un único sendero, largo y tortuoso, de fuerte pendiente y resbaladizo. En la desembocadura del sendero hay una faja de un centenar de metros, de piedrecitas y cascajillo, que no se cubre por las aguas ni aun en la pleamar. Sin embargo, se ven aquí y allá, en esa faja, ciertos entrantes de las aguas y pozos que forman espléndidas piscinas natatorias que se renuevan en cada marea. Esta playa admirable se alarga en una línea de varios kilómetros a uno y otro lado del sendero, quedando sólo cortada en un punto por la pequeña caleta y aldea de Fulworth.

Mi casa está aislada. Yo, mi anciana criada y mis abejas, acaparamos para nosotros solos la finca. Sin embargo, a cosa de un par de kilómetros de distancia se encuentra el conocido colegio Harold Stackhurst, en el que una veintena de jóvenes realizan una preparación intensiva para examinarse de varias profesiones, contando con un cuerpo de profesores. El tal Stackhurst fue en sus tiempos un afamado remero de los «azules» y un estudiante perfecto. Desde mi llegada a la región costera entablamos relaciones de amistad, y él y yo teníamos la suficiente confianza mutua para presentarnos el uno en la casa del otro, sin previa invitación, a pasar la velada.

Hacia finales del mes de julio de 1907 hubo una fuerte borrasca huracanada que agitó el Canal, lanzando su alto oleaje contra la base de los acantilados y dejando en la playa una laguna al retirarse la marea. En la mañana de que estoy hablando, el viento había amainado, y toda la naturaleza aparecía como recién lavada y fresca. Era imposible entregarse al trabajo con día tan delicioso, y yo salí paseando para disfrutar de aquella atmósfera exquisita. Avancé por el sendero del acantilado que desemboca en la playa después de una pendiente pronunciada. De pronto oí un grito a mis espaldas, y vi a Harold Stackhurst que me saludaba alegremente con la mano.

-¡Qué mañana, mister Holmes! Tuve la idea de ir a buscarle para que saliese a dar un paseo.

-Veo que va usted a darse un chapuzón.

-Ya vuelve usted a sus antiguas mañas -me contestó, dándose palmadas en su abultado bolsillo-. Sí, mister MacPherson salió temprano y espero encontrarle allí.

Fitzroy MacPherson era el profesor de ciencias, joven magnífico y sobresaliente, que había visto arruinada su vida por un padecimiento cardíaco que siguió a unas fiebres reumáticas. Sin embargo, era por naturaleza un atleta y se distinguía en todos los deportes que no exigían esfuerzos demasiado violentos. Verano e invierno, iba siempre a nadar, y como yo también soy nadador, le he acompañado muchas veces.

Hablando así, distinguimos precisamente a nuestro hombre. Su cabeza sobresalía del borde del acantilado en que terminaba el sendero. Después apareció su figura entera en la cima, tambaleándose como si estuviera borracho. Un momento más tarde levantó los dos brazos en alto, lanzó un alarido terrible y cayó de cara al suelo. Stackhurst y yo corrimos hacia él (estaría a unos cincuenta metros) y le pusimos boca arriba. Estaba agonizando. Era evidente que aquellos ojos hundidos y vidriosos y las mejillas espantosamente lívidas no podían significar otra cosa. Su rostro se animó un instante con un relámpago de vida, y pronunció dos o tres frases con expresión anhelante de advertencia. Sonaron confusas y a medio vocalizar, pero la última de ellas, que salió de sus labios en un chillido que mis oídos lograron captar, fue: «la melena del león». Resultaba ininteligible y que no venía al caso, pero yo no conseguí reducirla a ningún otro sonido articulado. De pronto, medio se alzó del suelo, lanzó con fuerza los brazos al aire y cayó hacia delante, sobre un costado. Estaba muerto.

Mi compañero quedó paralizado por la súbita tragedia; pero yo, como puede suponerse, puse en

alerta todos mis sentidos. Bien lo necesitaba, porque muy pronto se hizo evidente que nos encontrábamos en presencia de un caso extraordinario. El muerto no llevaba otra ropa que su impermeable «Burberry», los pantalones, y unos zapatos de lona sin atar los cordones. Al caer al suelo, se le desprendió el «Burberry», que llevaba simplemente echado por los hombros, y quedó al descubierto su tronco. Nos quedamos contemplándolo con ojos de asombro. Tenía toda la espalda cubierta de líneas amoratadas, como si hubiese sido terriblemente vapuleado con un azote de alambre fino. El instrumento con el que había sido ejecutado el castigo era evidentemente flexible, porque los largos y furiosos cardenales le contorneaban los hombros y las costillas. Le corría la sangre por la barbilla, porque en el paroxismo de sus angustias se había mordido el labio inferior hasta destrozárselo. Su cara contorsionada y tensa pregonaba lo terrible que había sido su agonía.



Estábamos junto al cadáver, yo arrodillado y Stackhurst en pie, cuando se proyectó sobre nosotros una sombra, y vimos a nuestro lado a Ian Murdoch. Era éste el preparador de los estudiantes de matemáticas del establecimiento, hombre alto, moreno, enjuto y tan taciturno y huraño, que de nadie podía decirse que fuese amigo suyo. Parecía vivir en alguna región altísima de números irracionales y secciones cónicas, teniendo muy escasas conexiones con la vida corriente. Los estudiantes le miraban como una cosa rara, y le habrían hecho objeto de sus burlas, si no hubiese tenido aquel hombre en sus venas algo de sangre extraña y exótica que se manifestaba no sólo en sus ojos negros como el carbón y en su cara atezada, sino también en repentinos arrebatos de genio, a los que solamente cuadraba el calificativo de feroces. En cierta ocasión en que un perrito que pertenecía a Macpherson le estaba hostigando, agarró al animalito y lo tiró contra el cristal de la ventana, acto que le habría valido con seguridad el despido por parte de Stackhurst, si no hubiese resultado muy útil como profesor. Tal era el hombre extraño y complejo que apareció a nuestro lado. Aquel espectáculo pareció producirle un sincero dolor, a pesar de que el incidente del perro pudiera dar a entender con seguridad que no existían grandes simpatías entre él y el muerto.

-¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre! ¿Puedo hacer yo algo? ¿Puedo ayudar en algo?

-¿Se encontraba usted con él? ¿Puede explicarnos lo que ha ocurrido?

-No, no; esta mañana me retrasé. No he ido a la playa. Llego ahora directamente de Los Gabletes. ¿Qué puedo hacer?

-Corra al puesto de policía de Fulworth. Comuníqueles en seguida lo ocurrido.

Partió sin pronunciar palabra y a todo lo que daban sus piernas, mientras yo me hacía cargo del caso y Stackhurst, desconcertado a la vista de la tragedia, permanecía junto al cadáver. Mi primer paso consistió, como es natural, en tomar nota de las personas que pudiera haber en la playa. Desde lo alto del camino la dominaba toda. Hallábase totalmente desierta. Únicamente se veían dos o tres sombras negras, allá lejos, avanzando camino de Fulworth. Con esa seguridad, descendí despacio por la cuesta abajo. El terreno era de arcilla o de greda bien mezclada con cal y pude descubrir a trechos idénticas huellas de pies en sentido descendente y ascendente. Nadie había pasado aquella mañana por el sendero, fuera del muerto. Distinguí en un sitio la impresión de una mano abierta, con los dedos en dirección de la cuesta arriba. Aquello sólo podía significar que el pobre Macpherson se había caído de bruces al subir; también observé depresiones redondas, que hacían pensar en que más de una vez se había caído de rodillas. En la terminación del sendero había quedado una gran laguna formada por las aguas al retirarse la marea. A un lado del sendero se había desnudado Macpherson porque su toalla estaba encima de una piedra, doblada y seca, haciendo pensar que, a fin de cuentas, no se había metido en el agua. Buscando rastros por la superficie del duro cascajillo descubrí ronchones de arena donde se veían las huellas de sus zapatos de lona, y también las de sus pies desnudos. Este último detalle demostraba que se había preparado para bañarse, pero la toalla daba a entender que no había llegado a realizar su propósito.

Y de ese modo se me presentaba el problema claramente definido, y tan extraño como cualquiera de los que hasta entonces había tenido yo que afrontar. Aquel hombre no había permanecido en la playa más de un cuarto de hora, a lo sumo. Stackhurst había salido después de él

de Los Gabletes, de modo que no cabían dudas sobre ese particular. Había ido a bañarse y se había desnudado, como lo demostraban los pies descalzos. Y de pronto había recogido sus ropas (las llevaba desarregladas y sin sujetar y había regresado sin bañarse o, por lo menos, sin secarse. Y había cambiado de resolución porque había sido azotado de una manera salvaje e inhumana, porque había sido torturado hasta el punto de desgarrarse el labio en medio de su agonía, habiendo quedado únicamente con las fuerzas indispensables para alejarse de allí arrastrándose, y morir. ¿Quién era el autor de aquella bárbara hazaña? Es cierto que en la base de los acantilados había pequeñas grutas y cavernas, pero el sol, bajo aún, lanzaba en línea recta sus rayos sobre ellas, y no había espacio para que nadie se ocultase. Pero también se veían a lo lejos las figuras de personas de que antes he hablado. Parecían demasiado lejanas para haber podido tener relación alguna con el hecho criminal, y además, la ancha laguna en la que Macpherson pensaba bañarse interponiase entre éste y aquéllas, por ue su ligero oleaje llegaba hasta el ie de las rocas. En el mar, y a no mucha distancia, veíanse dos o tres lanchas de pesca. Ya habría ocasión de interrogar tranquilamente a sus ocupantes. Varios caminos abríanse para mis investigaciones, pero ninguno de ellos conducía a una meta muy clara.

Al regresar junto al cadáver, me encontré con que se había reunido en torno al mismo un pequeño grupo de personas que vagaban por los campos. Como es natural, allí estaba Stackhurst todavía. Ian Murdoch acababa de llegar con Anderson, el agente de policía de la aldea, hombre corpulento, con bigotes del color del jengibre, de la raza lenta y maciza de Sussex, raza que oculta una gran cantidad de buen sentido bajo su exterior torpón y callado. Escuchó todo, tomó nota de todo lo que dijimos, y por último me llamó aparte,

-Mister Holmes, me alegraría mucho que usted me aconsejase. Este asunto tiene demasiado volumen para que yo pueda manejarlo. ¡Las que tendré que oír de boca de Lewes si tengo un tropiezo!

Le aconsejé que enviase a llamar en seguida a su superior inmediato y también a un médico; que no permitiese que moviesen nada de como estaba, y que hiciese la menor cantidad posible de huellas, hasta que aquéllos llegasen. Mientras tanto, yo registré los bolsillos del muerto. Tenía el pañuelo, un cuchillo grande y un tarjetero pequeño, plegable. Sobresalía de éste una hoja de papel, que yo desdoblé y entregué luego al policía. En ella se leían, escritas con letra garrapateada, de una mujer, estas palabras:

*«Iré con toda seguridad.*

MAUDIE.»

Me dio la impresión de una cita de amor, aunque el dónde y el cuándo eran un misterio. El guardia volvió a colocar el papel en el tarjetero, y lo metió otra vez, con las demás cosas, en los bolsillos del «Burberry». Luego, viendo que nada más se presentaba espontáneamente, regresé a mi casa para desayunarme, dejando todo dispuesto para que se realizase una búsqueda a fondo en la base de los acantilados.

Stackhurst vino por mi casa un par de horas después para informarme de que el cadáver había sido trasladado a Los Gabletes, donde tendría lugar la investigación judicial. Me trajo al mismo tiempo algunas noticias graves y concretas. Tal y como yo esperaba nada se había encontrado en las cuevas pequeñas de la base de los acantilados, pero él había registrado los papeles que MacPherson tenía en su escritorio, encontrándose con algunos que demostraban la existencia de correspondencia íntima con cierta miss Maud Bellany, de Fulworth. Teníamos, pues, identificada a la autora de la carta.

-La policía tiene en sus manos las cartas -siguió diciéndome-. No me fue posible traérselas. Pero no cabe duda de que se trata de un asunto amoroso serio. Sin embargo, no veo motivo para relacionarlo con el horrible suceso, fuera de que esa mujer le había dado una cita.

-Pero yo creo que es muy difícil que se la diese en una piscina a la que todos ustedes acostumbran a ir -le hice yo notar.

-Sólo por una casualidad no acudieron varios estudiantes más en compañía de MacPherson.

-¿Sería, en efecto, una casualidad?

Stackhurst arrugó, pensativo, el ceño.

-Fue Ian Murdoch quien los entretuvo, empeñándose en que hiciesen yo no sé qué demostración algebraica antes del desayuno. El pobre hombre está terriblemente afectado por todo ello.

-Pero tengo entendido que no eran amigos.

-Hubo un tiempo en que no lo fueron. Pero ya desde hace un año, más o menos, Murdoch mantenía con MacPherson unas relaciones tan estrechas como puede tenerlas una persona como él. Por naturaleza, no es Murdoch hombre inclinado a la simpatía.

-Eso tengo entendido, y creo que usted me habló en cierta ocasión de un incidente entre esos hombres por haber maltratado a un perro. -Eso quedó arreglado.

-Pero quizá quedase algún resquemor.

-No, no; estoy seguro de que eran verdaderos amigos.

-En ese caso tendremos que ahondar en el asunto de la muchacha. ¿La conoce usted?

-La conoce todo el mundo. Es la bella de estos alrededores, una mujer auténticamente hermosa, Holmes, que llamaría la atención en cualquier parte. Yo sabía que MacPherson se sentía atraído hacia ella, pero nunca llegué a suponer que las cosas habían pasado tan adelante como lo que dan a entender esas cartas.

-Pero, ¿quién es ella?

-La hija del viejo Tom Bellamy, propietario de todas las lanchas y casetas de baño que hay en Fulworth. Empezó de pescador, pero ha llegado a ser hombre bastante rico. El negocio lo llevan él y su hijo William.

-¿Quiere que vayamos paseando hasta Fulworth y que hablemos con ellos?

-¿Con qué pretexto?

-El pretexto es fácil de encontrarlo. Mirándolo bien, no es posible que el hombre muerto se haya maltratado a sí mismo de una manera tan ultrajante. Alguna mano humana era la que empuñaba el látigo, si fue con un látigo con lo que infligieron las heridas. Seguramente que el círculo de las relaciones de MacPherson en este lugar solitario era reducido. Sigamos ese círculo en todas las direcciones y es difícil que no demos con el móvil, el que a su vez nos conducirá hasta el criminal.

De no haber estado nuestros ánimos envenenados por la tragedia de que habíamos sido testigos, aquel paseo por las tierras bajas aromadas de tomillo habría resultado agradable. La aldea de Fulworth se alza en una hondonada extendida en semicírculo al borde de la bahía. Detrás de la aldeíta de casas antiguas y en el terreno en cuesta se han construido varias casas modernas.

-Aquella casa es The Haven, como Bellamy la bautizó. La que tiene una torre en la esquina y el tejado de pizarra. No está mal para un hombre que inició su vida sin otra cosa que... ¡Por Júpiter, fíjese en aquello!

La puerta exterior del jardín de la casa en cuestión se había abierto, y por ella había salido un hombre. No había modo de equivocarse la figura alta, angulosa, solitaria. Era Ian Murdoch, el matemático. Unos momentos después nos tropezamos con él en la carretera.

-¡Hola! -dijo Stackhurst.

El otro hizo una inclinación de cabeza, nos miró de soslayo con sus extraños ojos negros, y se habría cruzado con nosotros, si su jefe no le hubiese detenido preguntándole.

-¿Qué hacía usted en esa casa?

La cara de Murdoch enrojeció de ira.

-Cuando estoy bajo su techo, señor, soy un subordinado suyo. Pero no sabía que tuviese que darle cuenta de mis actos particulares.

Stackhurst tenía los nervios a flor de piel después de todo lo que había soportado. De no haber sido por eso, quizá se hubiese contenido. Pero ahora se dejó llevar por completo de su genio, y contestó:

-En las circunstancias en que nos encontramos, esa respuesta suya es una pura impertinencia, mister Murdoch.

-Quizá se pueda aplicar ese mismo calificativo a su propia pregunta.

-No es ésta la primera vez que he tenido que pasar por alto sus insubordinaciones. Pero será seguramente la última. Tenga la amabilidad de tomar disposiciones con toda la rapidez que le sea posible para buscarse otro acomodo en el lugar que le parezca.

-Tenía ya ese propósito. Hoy he perdido a la única persona que me hacía tolerable la vida en Los Gabletes.

Y siguió su camino, mientras que Stackhurst le veía alejarse con mirada furiosa.

-¿Verdad que es un hombre imposible, intolerable? -exclamó.

La primera idea que tenía que ocurrírseme era forzosamente la de que Ian Murdoch aprovechaba la primera oportunidad que se le ofrecía para abrirse un camino que le permitiese escapar del escenario del crimen. Empezaba a dibujarse en mi imaginación una sospecha, vaga y nebulosa. Quizá la visita a los Bellamy proyectase más luz sobre el problema. Stackhurst se rehizo y nos dirigimos hacia la casa.

Mister Bellamy resultó ser un hombre de mediana edad y de barbas de un color rojo encendido. Parecía estar irritadísimo, y pronto su cara estuvo tan rubicunda como sus cabellos.

-No, señor; no necesito saber detalles. Mi hijo aquí presente -y al decir esto nos señaló a un joven fornido, de cara pesada y huraña, que se hallaba en un rincón del cuarto de estar- piensa, lo mismo que yo, que las atenciones que mister MacPherson dedicaba a Maud, eran ofensivas. Sí, señor; ni una sola vez se habló de casamiento, y sin embargo, todo eran cartas y citas y otras muchas cosas que ninguno de nosotros dos podía aprobar. Ella no tiene madre, y somos nosotros sus únicos guardianes. Estamos resueltos...

Pero la aparición de la joven en persona le quitó las palabras de la boca. No se podía negar que la moza habría constituido un ornato en cualquier reunión mundana. ¿Quién hubiera dicho que flor tan rara como aquella pudiera crecer de tal raíz y en semejante atmósfera? Pocas veces han ejercido las mujeres atracción sobre mí, porque soy hombre que ha hecho que su cerebro gobernase a su corazón, pero me bastó mirar aquel rostro de líneas perfectas, delicadamente coloreado por la suave frescura de las tierras bajas, para comprender que ningún joven podía cruzarse en su camino sin sufrir su influencia. Así era la joven que había abierto la puerta y se enfrentaba, con la mirada intensa de sus ojos dilatados, con Harold.

-Estoy enterada ya de que Fitzroy ha muerto -dijo-. Cuéntemelo todo sin temor.

-Ese otro cortejante tuyo nos trajo la noticia -explicó el padre. -No hay ninguna razón para mezclar a mi hermana en el asunto -gruñó el joven.

La hermana clavó en él una mirada penetrante y altanera.

-Eso es asunto mío. Haz el favor de dejar que yo lo lleve como bien me parezca, William. Está fuera de toda duda que se ha cometido un crimen. Lo menos que puedo hacer por el hombre que ha muerto, es ayudar a descubrir quién lo cometió.

Escuchó el breve relato que le hizo mi acompañante, y lo hizo con una atención tan concentrada y tan serena, que me demostró que, además de su gran belleza, era una mujer que poseía fuerza de carácter. Maud Bellamy permanecerá siempre en mi recuerdo como una mujer de lo más perfecta y extraordinaria. Parece que me conocía de vista, porque se volvió a mirarme cuando acabó de hablar mi acompañante.

-Llévelos usted ante la justicia, mister Holmes. Cuente para ello con mi simpatía y con mi ayuda, sean quienes fueren.

Me pareció que miraba en son de reto, mientras decía eso, a su padre y a su hermano.

-Gracias -le dije-. Yo concedo mucha importancia en esta clase de asuntos al instinto de la mujer. Ha empleado usted la palabra *llévelos* en plural. ¿Cree usted que en esta cuestión ha intervenido más de uno?

-Yo conocía a mister MacPherson lo suficiente para saber que era hombre valeroso y fuerte. Un hombre solo no habría podido jamás infligirle ultraje semejante.

-¿Podría hablar con usted algunas palabras a solas?

-Te digo, Maud, que no te mezcles en este asunto -le gritó el padre, irritado.

Me dirigió una palabra de desamparo:

-¿Qué puedo hacer?

-Todo el mundo va a enterarse muy pronto de los hechos, de modo que no hay ningún daño en discutirlos aquí -le contesté-. Habría preferido hablar con usted en secreto, pero puesto que su padre no lo permite, tendrá que participar en las deliberaciones.

Le hablé entonces de la carta que se le había encontrado al muerto en el bolsillo.

-Con toda seguridad que saldrá a relucir en las actuaciones del juez de instrucción. ¿Querría usted hacer sobre este extremo toda la luz que pueda?

-No veo razón alguna para hacer de ello un misterio -me contestó-. Estábamos comprometidos para casarnos, y si manteníamos el secreto era porque el tío de Fitzroy, que es un señor muy anciano y está, según dicen, muriéndose, podría haberle desheredado si se casaba en contra de su voluntad. No existía para ello otro motivo.

-Podías habérmelo dicho -refunfuñó Bellamy.

-Lo habría hecho, padre, si hubiera visto en ustedes la menor simpatía.

-Yo desapruero el que mi hija se mezcle con hombres que pertenecen a otra categoría social que la suya.

-Ese prejuicio que usted abrigaba en contra de él, fue el que nos impidió ponerle en antecedentes del asunto. En cuanto a esta cita mía, se la di en contestación a esta otra carta -la joven rebuscó en su vestido y sacó un papel todo arrugado, que decía:

*«Corazón: En la playa, en el sitio de siempre, el martes, así que oscurezca. Es la única hora en que puedo salir.*

F. M.»



-Hoy es martes y tenía el propósito de reunirme con él esta noche. Examiné la carta.

-No ha venido por el correo. ¿Quién se la trajo?

-Preferiría no contestar a esa pregunta. La verdad es que nada tiene que ver con el asunto que usted intenta poner en claro. Pero contestaré con toda la libertad a cuanto tenga relación con ello.

Se mostró a la altura de su palabra, pero nada de cuanto nos dijo resultó de utilidad para nuestra investigación. Ella no tenía motivos para pensar que su novio tuviese ningún enemigo, pero reconoció que ella había tenido varios admiradores entusiásticos.

-¿Puedo preguntar si se cuenta entre ellos mister Ian Murdoch? La joven se sonrojó y pareció confusa.

-Hubo un tiempo en que me pareció que sí. Pero todo cambió al enterarse de las relaciones que existían entre Fitzroy y yo.

Otra vez pareció que la sombra que envolvía a aquel hombre extraño tomaba contornos más definidos. Era preciso examinar sus antecedentes. Había que llevar a cabo clandestinamente un registro en su habitación.

Stackhurst se brindó a colaborar porque también iban surgiendo sospechas en su cerebro. Regresamos de nuestra visita a The Haven esperanzados de que teníamos ya en nuestras manos un extremo libre de la enmarañada madeja.

Había transcurrido una semana. La investigación judicial no había arrojado luz alguna sobre el



asunto, y había sido postergado para cuando hubiese nuevas pruebas. Stackhurst había llevado a cabo una investigación discreta acerca de su subordinado, y se había realizado un registro superficial en su habitación sin conseguir ningún resultado positivo. Yo, por mi parte, lo había repasado de nuevo todo, física e intelectualmente, sin poder llegar a conclusiones nuevas. El lector no encontrará en todas mis crónicas otro caso que me haya obligado a llegar hasta el límite mismo de mi capacidad como me obligó éste. Ni siquiera mi imaginación lograba idear una posible solución de aquel misterio. Pero, de pronto, ocurrió el incidente del perro.

Fue mi ama de llaves la primera que se enteró del caso, por esa sorprendente telegrafía sin hilos que les sirve a esa clase de personas para recoger todas las noticias que circulan por la región.

-Lamentable historia, señor, ésta del perro de mister MacPherson -me dijo una noche.

Yo no tengo por costumbre alentar esa clase de conversaciones, pero aquellas palabras me llamaron la atención.

-¿Y qué le ha ocurrido al perro de mister MacPherson?

-Ha muerto, señor. Ha muerto de pena por su amo.

-¿Quién le ha contado semejante cosa?

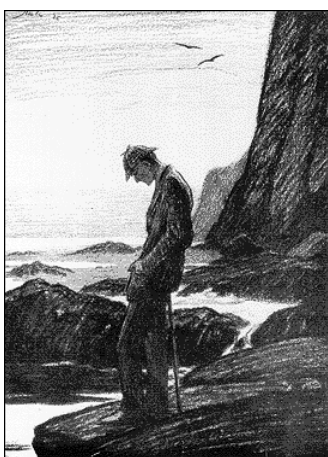
-¡Si no hace más que hablar de esto todo el mundo! Le produjo una impresión terrible y no ha querido comer nada durante una semana. Dos de esos caballeros del colegio de Los Gabletes lo han encontrado hoy muerto en la playa, en el lugar mismo que encontró la muerte su amo.

«En el lugar mismo». Las palabras se me quedaron bien grabadas en la memoria. Surgió en mi cerebro una percepción confusa de que se trataba de un detalle de vital importancia. El que el perro se muriese era un hecho que concordaba con el carácter magnífico y leal de los perros. Pero «¡en el lugar mismo!» ¿Por qué en aquella playa precisamente? ¿Era también ahora posible que hubiese sido sacrificado a alguna venganza? ¿Era posible que...? Sí. La idea era apenas perceptible, pero algo se estaba cuajando en mi cerebro. Pocos minutos después iba yo camino de Los Gabletes, y allí me encontré a Stackhurst en su despacho. Mandó llamar, a petición mía, a Sudbury y a Blount, los dos estudiantes que habían encontrado al perro.

-Sí -dijo uno de ellos-. Estaba al borde mismo de la laguna. Debí de ir siguiendo el rastro de su difunto amo.

Vi al fiel animalillo, un *terrier Airedale*, tendido encima de la esterilla del vestíbulo. El cuerpo estaba tieso y rígido, los ojos saltándose y los miembros contorsionados. En todas las líneas del cuerpo estaba retratada la agonía.

Fui caminando desde Los Gabletes hasta la laguna que servía de piscina.



El sol se había ocultado y la sombra que proyectaba el alto acantilado se marcaba negra en las aguas, que tenían un brillo apagado como el de una hoja de plomo. El lugar estaba desierto, sin que hubiese otras señales de vida que las dos gaviotas que trazaban círculos y dejaban oír sus chillidos por encima de mi cabeza. A la luz, que se iba desvaneciendo, conseguí distinguir las pequeñas huellas del perro contorneando la roca misma en que su amo había dejado la toalla. Permanecí largo rato meditando, mientras las sombras se espesaban en torno mío. Mi cerebro estaba lleno de pensamientos que se sucedían, veloces unos a otros. Ya mis lectores saben, sin duda, lo que es una pesadilla, en la que se tiene la seguridad de que existe algo importantísimo que se está buscando, que está allí mismo, pero que nunca se logra alcanzar. Así me sentía yo aquel atardecer, solitario en aquel lugar de muerte. Hasta que me di vuelta y regresé, caminando lentamente hacia casa.

En el instante mismo en que alcanzaba el punto más alto del sendero se me aclaró todo. De pronto, como una exhalación, recordé lo que tan apasionadamente y en vano había querido asir. Los lectores sabrán, si es que Watson no ha escrito inútilmente, que yo tengo un inmenso depósito de conocimientos de cosas que se salen de lo corriente, amontonados sin sistema científico, pero disponibles para las necesidades de mi labor. Mi cerebro es como un almacén atiborrado de paquetes de toda clase; tantos, tantos, que no es extraño que sólo conserve una vaga percepción de todo lo que hay allí. Yo tenía la seguridad de que algo había que bien pudiera servir en este asunto. Era

todavía una cosa vaga, pero ya sabía por lo menos cómo podría convertirla en una cosa clara. Era algo monstruoso, increíble, pero quedaba siempre como una posibilidad. Yo lo pondría plenamente a prueba.

Hay en mi casita una buhardilla espaciosa atiborrada de libros. Me zambullí en ellos, y los revolví durante una hora. Al cabo de ese tiempo salí de la buhardilla con un pequeño volumen color chocolate y plata. Busqué anhelante el capítulo del que ya tenía un recuerdo confuso. Sí, se trataba, sin duda, de una hipótesis improbable, pero no podía tranquilizarme hasta adquirir la certeza de si, en efecto, podía tener realidad. Era muy tarde cuando me acosté, ansioso de que llegase la hora de emprender mi tarea al día siguiente.

Pero esa mi tarea se vio interrumpida de manera fastidiosa. Acababa apenas de echar al cuerpo mi taza matinal de té y estaba a punto de salir camino de la playa, cuando recibí la visita del inspector Bardle, de la Comisaría de Sussex; un hombre macizo, asentado, bovino, de ojos meditados, que ahora me miraban con expresión muy turbada, al decirme:

-Señor, yo conozco su inmensa experiencia. Este paso que doy es, desde luego, completamente extraoficial, y no es preciso que tenga otras derivaciones. Pero la verdad es que estoy en contra de lo actuado en este caso de MacPherson. La pregunta que quiero hacerle es ésta: ¿debo proceder a una detención, sí o no?

-¿Se refiere usted a mister Ian Murdoch?

-Sí, señor. Si usted lo piensa, no hay nadie más contra quien se pueda proceder. Es la ventaja de estas soledades, la de poder ir reduciendo la cosa hasta un espacio muy pequeño. Si no fue él, ¿quién pudo haberlo hecho?

-¿Qué pruebas tiene usted en contra de ese hombre?

El había rebuscado en los mismos surcos que yo: el carácter de Murdoch y el misterio en que parecía vivir envuelto; sus furiosos arrebatos, ejemplarizados con el incidente del perro; el hecho de haber tenido anteriormente una riña con MacPherson, y el que existían razones para creer que pudiera encontrarse resentido por las atenciones de que el muerto hacía objeto a miss Bellamy. Todos los argumentos míos, sin agregar uno solo nuevo, como no fuera el de que parecía que Murdoch estaba haciendo toda clase de preparativos para ausentarse.

-¿Cuál sería mi situación si le consintiese escabullirse con todos estos argumentos en contra suya?

Aquel hombre voluminoso y flemático tenía el ánimo profundamente turbado. Yo le dije:

-Fíjese en todos los fallos fundamentales que ofrece su caso. Ese hombre puede ofrecer una coartada segura en la mañana del crimen. Había permanecido hasta el último instante con sus alumnos, y cuando, a los pocos momentos de aparecer MacPherson, se acercó a nosotros, venía en sentido contrario. No olvide tampoco la absoluta imposibilidad de que, sin ayuda de alguien, pudiese infligir tamaño ultraje a un hombre de tanta fortaleza física como él mismo. Y por último, ¿con qué instrumento se produjeron las lesiones?

-¿Con qué otra cosa pudieron producirse sino con alguna clase de flagelo o látigo flexible?

-¿Examinó usted bien los cardenales? -le pregunté.

-Sí, y también los ha visto un médico.

-Pero yo lo he hecho sirviéndome de una lente de aumento y con gran cuidado, y le digo que ofrecen ciertas particularidades.

-¿Cuáles son, mister Holmes?

Crucé hasta mi mesa-escritorio y saqué una fotografía ampliada diciéndole:

-Éste es mi método en casos de esa índole.

-Mister Holmes, usted hace las cosas bien a fondo.

-No sería quien soy, si procediese de otra manera. Fijémonos en este cardenal que se dobla en torno al hombro derecho. ¿No observa nada raro?

-Pues no, la verdad.

-Salta a la vista que es de una intensidad desigual. Aquí se ve un punto de sangre que ha saltado de los vasos, y otro aquí. En este otro cardenal de más abajo se observan idénticas particularidades. ¿Qué puede significar esto?

-No se me ocurre nada. ¿Y a usted?

-Quizá sí. Quizá tampoco tenga una idea exacta. Es muy posible que muy pronto pueda anunciar algo más. Cualquier cosa que permita concretar el instrumento que dejó esas señales nos habrá llevado muy adelante en el camino de encontrar al criminal.

-Es una idea absurda, desde luego -dijo el policía-; pero si le hubiese colocado sobre la espalda una tela de alambre al rojo vivo, esos puntos mejor marcados representarían la intersección de los distintos alambres.

-Muy ingeniosa la comparación. ¿Y por qué no habríamos de decir que se trata de un látigo de los llamados gatos de nueve colas, de material muy rígido, y con nudos pequeños muy duros?

-Por vida mía, mister Holmes, que creo que ha dado usted en el clavo.

-También pudiera obedecer, mister Bradle, a una causa totalmente distinta. En todo caso, sus pruebas son muy débiles para proceder a una detención. Y, por último, tenemos aquellas frases últimas que pronunció: «la melena de león».

-Yo estaba pensando si tal vez lan...

-Sí, ya he pensado yo en ello. Si la segunda palabra hubiese sonado algo parecido a Murdoch; pero no fue así. La pronunció dando casi un chillido, y estoy seguro de que dijo «melena».

-¿No tiene usted alguna alternativa, mister Holmes?

-Quizá sí; pero no deseo hablar de ello hasta que tenga una base más sólida de discusión.

-¿Y cuándo será?

-Dentro de una hora, o quizá menos

El inspector se rascó la barbilla y me miró con expresión de duda.

-Mister Holmes, ojalá pudiera yo adivinar lo que tiene usted en la cabeza. Quizás está usted pensando en aquellas lanchas de pesca.

-No, no, no pienso en ellas, porque estaban demasiado lejos.

-Pues entonces, ¿será en Bellamy y en el hombrón de su hijo? No le tenían grandes simpatías a mister MacPherson. ¿No habrán sido ellos capaces de hacerle una trastada?

-No y no; no logrará usted tirarme de la lengua hasta que yo esté en condiciones -le dije, sonriendo-. Y ahora, inspector, cada cual tenemos nuestra tarea. Quizá si usted viene a verme al mediodía...

A ese punto habíamos llegado cuando sobrevino una terrorífica interrupción que constituyó el principio del fin.

Se abrió de golpe la puerta de la casa, se oyeron pasos tambaleantes en el pasillo, y entró en la habitación dando tumbos Ian Murdoch, pálido, desmelenado, con las ropas en espantoso desorden, aferrándose con sus manos huesudas a los muebles para no caer al suelo.



-¡Aguardiente! ¡Aguardiente! -jadeó, y cayó lanzando gemidos encima del sofá.

No venía solo. Seguía Stackhurst sin sombrero y jadeante, casi tan *distract*, tan fuera de sí, como su compañero.

-¡Sí, sí, aguardiente! -gritó-. Este hombre está que se muere. He hecho cuanto pude para traerlo hasta aquí. Se me desmayó dos veces en el camino.

Medio vaso de alcohol puro produjo un cambio

maravilloso. Se irguió sobre un brazo, y se arrancó la chaqueta de los hombros gritando:

-¡Por amor de Dios! ¡Aceite, opio, morfina! ¡Cualquier cosa que me alivie de esta tortura infernal!

El inspector y yo lanzamos un grito al ver aquello. Allí, entrecruzado en el hombro desnudo de aquel hombre, veíase el mismo extraño dibujo reticulado de color rojo, de líneas inflamadas, que había constituido el sello mortal de Fitzroy MacPherson.

El dolor era evidentemente terrible y más que local, porque el paciente se quedaba de pronto sin aliento, se le ennegrecía la cara y se llevaba la mano al corazón con ruidosos jadeos, mientras de su frente caían gruesas gotas de sudor. Podía morirnos en cualquier momento. Fuimos vertiendo por su garganta nuevas cantidades de aguardiente y a cada nueva dosis parecía revivir. Le aplicamos algodón en rama empapado en aceite de oliva y este remedio pareció amortiguar la tortura de aquellas extrañas heridas. Hasta que dejó caer pesadamente la cabeza encima de un almohadón. La naturaleza agotada se había refugiado en su última reserva de vitalidad. Aquello era mitad amodorramiento y mitad desmayo, pero al menos le aliviaba el dolor.

Era imposible hacerle preguntas, pero en el instante mismo en que nos cerciorábamos de su estado, Stackhurst se volvió hacia mí exclamando: -¡Santo Dios! ¿De qué se trata Holmes, de qué se trata? -¿Dónde lo encontró usted?

-Allá, en la playa, y exactamente en el lugar en que el pobre MacPherson halló su muerte. De haber padecido este hombre del corazón, como le ocurría a MacPherson, no se encontraría aquí. Más de una vez creí, mientras lo traía, que era ya cadáver. Los Gabletes quedan demasiado lejos, y por eso vine a su casa.

-¿Le vio usted en la playa?

-Me aseaba por lo alto del acantilado cuando oí el grito que lanzó. Estaba al borde del agua, dando vueltas lo mismo que un borracho. Bajé corriendo, lo cubrí con algunas ropas y me lo traje sendero arriba. Por amor de Dios, Holmes, ponga de su parte todo cuanto queda y no ahorre trabajos para librar de semejante maldición a este pueblo, porque se nos está haciendo la vida intolerable. ¿No puede usted, con toda su reputación mundial, hacer nada por nosotros?

-Creo que sí, Stackhurst. Acompáñeme. Usted también, inspector, venga con nosotros. Vamos a ver si podemos poner al asesino en sus manos.

Dejando al hombre aquel desmayado al cuidado de mi ama de llaves, marchamos los tres hacia la laguna maldita. Había en la gravilla un montoncito de toallas y de ropas abandonadas allí por el hombre agredido. Fui caminando lentamente por el borde del agua, siguiéndome mis camaradas en fila india. La mayor parte de aquella laguna era muy poco profunda, pero en la base del acantilado, donde la playa formaba una hondonada, llegaba a metro y medio o dos de profundidad. Era natural que los nadadores se dirigiesen hacia allí, porque formaba una hermosa piscina de agua verde traslúcida, tan clara como el cristal. En la base del acantilado y por encima del agua había una hilera de rocas. Avancé seguidamente, sin dejar de mirar ansiosamente hacia el agua profunda que tenía debajo. Había llegado al punto en que el agua era más profunda y estaba más en calma, cuando mis ojos descubrieron lo que venían buscando. Lancé un ruidoso alarido de triunfo, y exclamé:

-¡Cyanea! ¡Ahí tienen «la melena de león»!

En efecto, el extraño objeto hacia el que yo apuntaba producía la impresión de una masa enmarañada de cabellos arrancada de la melena de un león. Estaba asentada encima de un escalón de roca, a unos noventa centímetros por debajo del agua; era un animal rarísimo que ondulaba, vibraba como una cabellera presentando rayas de plata entreveradas con sus trenzas amarillentas. Se dilataba y se contraía, pesadamente, con ritmo lento.

-Ya ha hecho bastante daño. ¡Le ha llegado su hora! -grité-. ¡Ayúdeme, Stackhurst! Vamos a matar para siempre al asesino.

Justamente encima del escalón de piedra había un peñasco de grueso tamaño, y lo empujamos hasta que cayó dentro del agua levantando grandes salpicaduras. Cuando se disipó el pequeño oleaje, pudimos observar que había quedado asentado sobre el escalón de piedra. Un extremo de membrana amarilla que manoteaba nos hizo ver que nuestra víctima había quedado bajo el peñasco. De debajo de la piedra subía una espesa espuma aceitosa, que manchó todo alrededor las aguas, al subir lentamente hacia la superficie.

-¡Bueno, si no lo veo, no lo creo! -exclamó el inspector-. ¿Qué era eso, mister Holmes? Yo he

nacido y me he criado en esta región, pero jamás vi cosa semejante. Eso no pertenece a Sussex.

-Tanto mejor para Sussex -dije yo-. Quizá fue la borrasca del sudoeste la que lo empujó hasta aquí. Volvamos los tres a mi casa, y les haré conocer la terrible experiencia de una persona que tenía buenas razones para recordar su propio encuentro con este mismo peligro de los mares.

Cuando llegamos a mi despacho, nos encontramos con que Murdoch se había rehecho hasta el punto de poder sentarse. Estaba con el cerebro como embotado, y de cuando en cuando sentíase acometido de un paroxismo de dolor. Nos explicó en frases entrecortadas que no tenía idea de lo que le había ocurrido, fuera de que aquellos terribles dolores le habían penetrado súbitamente todo el cuerpo y que necesitó de toda su energía para llegar hasta la orilla.

-He aquí un libro -dije yo, echando mano al pequeño volumen- que puso en claro lo que quizá habría quedado para siempre oscuro. Se titula *Out of doors* por el célebre viajero J. G. Wood. Este señor estuvo a punto de perecer a consecuencia del contacto con ese animal inmundo, y por eso escribió con pleno conocimiento de causa. El nombre completo de este ser malvado es el de *Cyanea Capillata*, y puede ser tan peligroso para la vida, y, desde luego, su acción más dolorosa que la mordedura de la cobra. Permítanme que les ofrezca un breve resumen:



«Si el bañista distingue una masa, como redonda y suelta, de membranas y de fibras color leonado, algo como unos grandes manojos de melena de león y de color plateado, que se ponga en guardia, porque se trata del terrible animal picador llamado *Cyanea Capillata*». ¿Es posible describir con mayor claridad a nuestro siniestro conocido?

»Luego pasa a contarnos su encuentro con uno de esos animales cuando nadaba frente a la costa de Kent. Pudo darse cuenta de que ese animal irradiaba filamentos casi invisibles hasta una distancia de quince metros, y que todo ser viviente que se encontraba a esa distancia del mortífero centro de la circunferencia, corría peligro de muerte. Aun de lejos, los efectos sobre Wood fueron casi mortales. «Los numerosísimos hilos produjeron ligeras líneas de color escarlata en la piel; examinadas más detenidamente resultaron ser puntos minúsculos o pústulas, encerrando cada puntito algo así como una aguja al rojo vivo que traspasa los nervios.»

»Explica luego que el dolor en la parte afectada superficialmente era lo más secundario de aquella tortura refinada. «Sentí dolores que me atravesaban el pecho y que me hacían caer como si hubiese sido herido por otros tantos balazos. El pulso se interrumpía, y de pronto daba el corazón seis o siete saltos como si quisiera saltársele fuera del pecho.»

»Aquello estuvo a punto de matarle, aunque sólo había estado en contacto con aquel ser en medio del agitado océano y no en las aguas someras y tranquilas de una charca de agua de mar. Asegura que apenas se conoció a sí mismo más tarde, porque su cara estaba blanca, contraída y arrugada. Se echó al cuerpo de un golpe una botella de aguardiente, y parece que esto le salvó la vida. Ahí tiene usted el libro, inspector. Se lo presto, y no podrá usted dudar de la tragedia del pobre MacPherson.

-Explicación que, de paso, me libra de toda sospecha -comentó Ian Murdoch con agria sonrisa-. No le censuro a usted, inspector, ni tampoco a usted, mister Holmes. Sus sospechas eran naturales. Me está pareciendo que yo mismo me he limpiado de toda sospecha cuando ya estaba en vísperas de ser detenido, y lo he logrado compartiendo la desgracia de mi pobre amigo.

-No, mister Murdoch, yo estaba ya sobre la pista, y de haber salido a la hora temprana que me había propuesto, quizá le habría salvado a usted de su terrorífica experiencia.

-¿Y cómo lo descubrió usted, mister Holmes?

-Yo soy un lector omnívoro y que tiene una memoria extraordinariamente retentiva para las cosas insignificantes. Esa frase «la melena del león» me tenía obsesionado. Estaba seguro de haberla leído en alguna parte y en un contexto inesperado. Ya Ian vio ustedes que la tal frase viene a ser una descripción del animal. No me cabe duda de que cuando mister MacPherson lo vio estaba flotando sobre las aguas, y que fue la única que se le ocurrió para ponernos en guardia contra el ser que le había ocasionado la muerte.

-Yo, por lo menos, estoy absuelto -dijo Murdoch, poniéndose lentamente en pie-. Me agradaría dar algunas frases de explicación, porque sé en que dirección se han encaminado sus pesquisas. Es cierto que yo amaba a esa joven, pero desde el día en que ella se decidió por mi amigo MacPherson, no tuve más deseo que contribuir a su felicidad. Me contenté con hacerme a un lado, actuando de enlace entre ellos. Llevé con frecuencia los mensajes del uno al otro, y porque yo estaba en su intimidad y esa mujer me era tan querida, me apresuré a comunicarle la muerte de mi amigo, antes que alguien se me adelantase y se la comunicase de manera más repentina y despiadada. Ella nada le dijo a usted, señor, acerca de nuestras relaciones, por si las encontraba mal y redundaba en perjuicio mío. Pero con permiso de ustedes, voy a intentar el regreso hasta Los Gabletes, porque el cuerpo me está pidiendo cama. Stackhurst le tendió la mano, diciendo:

-Nuestros nervios han vibrado demasiado alto -dijo-. Olvide lo pasado, Murdoch. En lo porvenir nos comprenderemos mejor el uno al otro.

Salieron juntos y agarrados del brazo amistosamente. Aún se quedó allí el inspector, contemplándome en silencio con sus ojos bovinos. Hasta que exclamó:

-¡Lo ha hecho usted requetebién! Yo había leído cosas acerca de usted, pero nunca llegué a creerlas. ¡Es maravilloso!

No tuve más remedio que darle un apretón de manos. El aceptar una alabanza como aquella era rebajar el nivel de las propias normas.

-Al principio me mostré tardo; culpablemente tardo. De haberse encontrado el cadáver en el agua, es difícil que la cosa se me hubiese escapado. Lo que me despistó fue la toalla. El pobre hombre no pensó siquiera en secarse, y yo creí por eso, a mi vez, que él no había llegado a entrar en el agua. ¿Por qué, pues, iba a surgir en mí la idea de que hubiese sido atacado por ningún animal marino? Ahí es donde yo perdí el mundo. Bien, bien, inspector: muchas veces me he arriesgado a bromear a costa de ustedes los caballeros de la Policía oficial, pero la *Cyanea Capillata* ha estado muy a punto de vengar a Scotland Yard.